

LA VOLUNTAD DIVINA Y LA NUESTRA

por Francisco-Manuel Nácher

Todos, sin excepción, formamos parte de Dios y, por tanto, de Sus planes. Es decir, hay una voluntad, superior a la nuestra, que tiene determinadas ideas sobre cada uno de nosotros. Ello sin perjuicio de que, en cada momento de nuestra vida, seamos o, mejor, nos sintamos perfectamente libres. Pero hay algo que hemos de tener en cuenta y es el hecho de que si Dios, nuestro Creador, nuestro origen y nuestra meta, el que se expresa a nuestro través, tiene proyectos concretísimos sobre cada uno de nosotros, es pueril pretender que, escuchando nuestras súplicas (desde Su punto de vista siempre incompletas, parciales, egoístas y faltas de conocimientos o de información o ignorantes, que es lo mismo) modifique Sus planes. Eso sería la negación de Dios y de Su omnisciencia con relación a Sus criaturas. Dios sólo puede ayudarnos (y ello en beneficio nuestro) cuando nuestras súplicas van por el camino por el que discurren Sus proyectos sobre nosotros (infinitamente más perfectos y ambiciosos que los nuestros), siempre que nos aliemos con Su voluntad, y eso sólo lo lograremos si nos alineamos en pensamiento, deseo, sentimiento, palabra y obra con las leyes naturales, que son precisamente los canales por donde El ha previsto que discurra nuestra vida, nuestra realización de El, como centros de conciencia suyos que somos y cuya utilidad estriba en proporcionarle experiencia, conocimientos e información, que no obtendría si nosotros siguiésemos derroteros distintos de los por Él deseados y marcados.

* * *